

Las alegrías de la amistad

Lisa Block de Behar

Es extraño; recorro la biblioteca y, si bien no faltan libros que refieran al amor, no encuentro demasiados títulos que anuncien aventuras, desventuras o reflexiones sobre la amistad que, ordenados, deberían estar muy cerca.

Abundan los tratados que la abordan, aunque sin dedicarle mayor extensión o, en algún caso, aludiendo humorísticamente a las contradicciones de un exabrupto aristotélico demasiado citado, o a los *Essais* en los que se fundó un género necesario, paradigma de una prosa que ya no puede definirse sin remitir a los varios y bellos ejemplos que prodigó Michel de Montaigne. Hace pocos años Derrida, que optó por revindicar la amistad ante el asombro póstumo de la traición del amigo, retomó el tema pero para abordarlo desde la perspectiva de Política y amistad, más previsible, tal vez porque Maurice Blanchot ya afirmaba que en vano pretendemos mantener, por nuestras palabras, por nuestros escritos, aquello que se ausenta.

Se dijo poco, es cierto, y todo lo que se diga es poco. Sin embargo, a propósito de su amistad con Emir Rodríguez Monegal y del ya mítico regreso a Montevideo del crítico uruguayo, decía Borges “que la amistad es realmente una de las pasiones de nuestros países. Quizá la mejor”. Y cuando pasa a ilustrar su afirmación, recordando el *Fausto* de Estanislao del Campo, se pregunta “¿Qué importa la parodia de la ópera? Absolutamente nada, lo que importa es la amistad de los dos aparceros”. Es esa pasión que medra, inopinada, entrañable, no solo entre oriundos de la comunidad de letras, que cuenta, la que más

cuenta, como si todo el resto fuera literatura.

Por eso, ¿cómo hablar de Mercedes cuando ya no es posible hablar con ella? ¿Cómo escribir sobre la dulce amiga ahora que ya no está? ¿Por qué no haberme concedido una tregua más frecuente para conversar con ella? Si eran numerosas las coincidencias, por qué no confirmarlas. Si eran pocas las discrepancias, cómo no discutir las a tiempo. Cómo no alabar entonces los generosos gestos de bondad, la elegancia de sus vibrantes pronunciamientos, cómo no seguir aprendiendo de quien entendía enseñar como aprender. ¿Qué honda intemperie estremecía la belleza desprotegida, de qué profundo frío su aire aterido? Era Real de Azúa quien, sorprendido por el aspecto de esa fragilidad friolenta, solía oponerla a la firmeza de sus convicciones, a su erudición ingeniosa, a las agudezas

de sus ironías piadosas, a la erudición literaria que, como su justa rebeldía, no cedió con los años ni con los cambios.

Alumbrada por la lucidez religiosa de ser y saber en una misma espiritualidad, Mercedes interpretaba las milenarias páginas bíblicas, las más viejas, con el afán de encontrar entre tantas verdades, la revelación de su origen, o para confirmarlo.

Las razones del elogio lo atenúan. Si Mercedes atribuyó las muchas virtudes de Real de Azúa a la “alegría de ser inteligente”, celebrando recreación y creación en una misma gracia, esa gracia, plena y pura, es la suya. ¿Acaso no es merced, en otras lenguas, la gracia, todo lo que agradecemos?

La A.P.L.U. solicitó a la Dra. Lisa Block de Behar unas palabras para este número especial de [sic], como recuerdo a Mercedes en nombre de una muy vieja amistad entre ambas. Por supuesto, la página es mucho más que unas palabras. Agradecemos a Lisa su profunda manifestación de cariño y admiración para con Mercedes, y su gentileza de siempre para con la A.P.L.U.